
PERVIVENCIAS DE LA TROYA MEDIEVAL EN EL
RENACIMIENTO Y EL BARROCO:
JOAQUÍN ROMERO DE CEPEDA, GINÉS PÉREZ DE HITTA,
CRISTÓBAL DE MONROY Y JUAN MUÑOZ GARCÍA

FRANCISCO CROSAS
(Universidad de Castilla-La Mancha)

A FINALES DEL SIGLO XVI encontramos tres relatos de la guerra de Troya que presentan interesantes analogías con los textos medievales¹; en concreto, con la *Crónica Troyana impresa* de finales del s. xv, deudora a su vez de la versión latina que Guido de Columnis hace del *Roman de Troie* de Benoît de Sainte-Maure². Se trata de dos poemas de Joaquín Romero de Cepeda: *El infelice robo de Elena* (Sevilla, 1582) y *La antigua, memorable y sangrienta destrucción de Troya* (Toledo, 1583); y del inédito *Los diez y siete libros de Dares del belo troyano* (1596), de Ginés Pérez de Hita.

En 1582, Romero de Cepeda³ edita entre sus *Obras* (Sevilla, André Pancioni, 1582), *El infelice robo de Elena, Reyna de Esparta, por Paris*

1. Trabajo realizado con la ayuda del proyecto *Fuentes primarias de la literatura catalana medieval: BITECA (Bibliografía de Textos Catalans Antics)* HUM2005-00178/FILO, financiado por el MEC.

2. La *Crónica troyana impresa*, atribuida en alguna ocasión a Pedro Núñez Delgado, conoce 15 ediciones entre 1490 (primera edición de Burgos) y 1587 (Medina del Campo), lo que supone una recepción privilegiada a lo largo del siglo xvi.

3. El dramaturgo extremeño Joaquín Romero de Cepeda es conocido sobre todo por su *Historia de Rosián de Castilla* y por sus *Comedia Salvaje* y *Comedia metamorfosea*.

infante troyano. Del qual sucedió la sangrienta destruyción de Troya. Repartida en diez cantos (fols. 13r-45v).

En el mismo volumen tiene motes glosados (alguno —el mote, no las glosas—, que aparecía ya en LB1 y en el *Cancionero General*, como «esfuerce Dios el sufrir»). También hay glosas de romances, cartas, enigmas glosados, sonetos, sextinas y glosas a villancicos ajenos. La licencia es de 1582. Las estrofas empleadas en *El infelice robo* son la décima y la copla de arte real.

El poema, frente a los otros textos aquí estudiados, concede predominio a la lírica sobre la narrativa, y al amor sobre la guerra⁴. Por esa razón supongo que los dioses tienen una cabida que no encuentran en la *Destrucción* ni en los otros textos. Así, Venus y Diana pugnan por inclinar la voluntad de Elena en la isla Citerea (fol. 34r), se habla del juicio de Paris (fol. 25v), y del origen divino de los muros de Troya (fol. 26v).

En las digresiones son multitud los *casos* antiguos evocados, como en la advertencia del autor a las lectoras («Damas las que aqueste nombre», fol. 28r), una vez han podido leer la carta de Paris. Recuerda los «infiernos» de amor de la lírica cancioneril (fols. 28v-29r) y su uso de casos famosos como *exempla*.

La descripción del templo de Venus en la isla Citerea contiene una ékfrasis al más puro estilo medieval (fols. 33v-34r), como las del *Roman de Troie*, el *Libro de Alexandre* o el *Laberinto de Fortuna*.

Tiene en común con los otros textos la reivindicación de Dido; Eneas no pudo conocerla por razones temporales (fol. 45r), y en cualquier caso murió por defender su castidad (fol. 28v).

En 1583, él mismo publicó la *Destrucción*, un prosimetro con el siguiente y sonoro título, de por sí suficientemente expresivo: *La antigua, memorable y sangrienta destruyción de Troya. Recopilada de diversos autores [...] A imitación de Dares, troyano y Dictis cretense griego, los quales la escriuieron y pelearon en ella. El Dictis en compañía del rey Idomeneo de parte de los griegos; y Dares en compañía de Anthenor de parte de los troyanos, con el qual quedó después de quemado y destruido el Ylión. Ansimismo son autores Eusebio, Strabón, Diodoro Syculo y Marco Antonio Sabélico. Repartida en diez narraciones y veinte cantos*, Toledo, 1583. No se trata del

4. Véanse, a título de ejemplo, la digresión sobre los peligros del amor, en el canto V (fol. 24v), según la *topica* del *De casibus*; y las cartas de Paris a Elena y de Elena a Paris, al modo de las *Heroidas* (fols. 25r-27v y 29r-31r). Por la misma razón pienso que Aquiles se retira del combate no en un acceso de cólera sino «herido de amor» por Políxena (fol. 41v). Sólo en los cantos VIII-X se habla propiamente de la guerra de Troya.

mismo texto de los diez cantos del *Infelice robo*; son dos obras distintas. La licencia es de 1581, un año anterior a la licencia y edición del *Infelice robo*.

Dice en el «Prólogo al lector» que Homero y Virgilio mienten y cree a *Dares* y a *Dictis* (fol. 6v). Por otra parte, es significativo que en el título no haya poetas entre los autores. Estamos ante un texto que pretende aproximarse a un hecho histórico y que considera a *Dares* y a *Dictis* historiógrafos antiguos a la altura de Eusebio de Cesarea, Diodoro o Estrabón. Es interesante constatar cómo el testimonio de *Dares* y *Dictis* sigue siendo tomado en consideración frente a los mendaces Homero y Virgilio, cuyos textos eran entonces perfectamente conocidos en todo Occidente.

La primera parte del libro consiste en diez «narraciones» en prosa. La segunda parte en veinte «cantos» en romance aconsonantado, cada uno de los cuales va precedido de una «declaración» en prosa.

Comparte con textos tardoantiguos y medievales la explicación evemerista clásica de la idolatría, iniciada por Nino y Belo (cf. fol. 50v). Con ocasión de las tres primeras destrucciones y reconstrucciones de Troya, en un afán enciclopédico manifiesto, habla de un sinfín de personajes, combinando las distintas tradiciones mitológicas, aquí siempre entendidas en clave evemerista. De vez en cuando, culpa a los poetas de haber fabulado la realidad, oscureciéndola («fingen los poetas», fol. 77v). En la declaración del noveno canto leemos: «Y de las bodas que hizo el rey Tántalo: en las cuales conbidó a todos los reyes sus vecinos que entonces de la bárbara gente por dioses eran tenidos» (fol. 76r).

Como Boccaccio y otros mitógrafos posteriores, intenta combinar las distintas versiones mitológicas; así, por ejemplo, habla de un Júpiter vicioso, el griego, y de otro italiano, el virtuoso (fol. 59r). Y trata de tres Palas distintas (fol. 77v). Y no se conforma con ello sino que quiere desvelar el *integumentum*, que contiene siempre una enseñanza moral:

Porque los antiguos griegos todas las más hystorias las ofuscaron con cuentos fabulosos, y ficciones poéticas: aunque no agenas de mucha doctrina y provecho para los que las saben entender y aprovecharse dellas: como lo de Jasón, Theseo y Tántalo (fol. 78r).

Notable es la digresión (declaración del canto XIII, fol. 98r y v) sobre el origen español de Aquiles y su hijo Pirro, «naturales de Mérida de la Provincia de España», que nuestro autor no ve clara, a diferencia de Monroy, que sesenta años después acepta en parte esa versión (Aquiles no fue

español pero estuvo en España) en su *Epítome de la historia de Troya*⁵. El motivo estaba ya en la *Crónica troyana impresa*:

El qual [Aquiles] era fijo del rey Peleo y de la deesa Tetis, el qual supieron por las adeuinanças de los sus dioses que estaua en las postrimeras partidas de Vropa [sic] al occidente, transfigurado en abito de monja en un monesterio de monjas [...] vestiole vnos paños de donzella y leuolo al rey Licomedes que entonces reynaua en aquellas partidas [...] Los griegos, seyendo certificados por los dioses desto enbiaran a buscar a Archiles por toda Grecia y enbiaron a su madre Tetis, mas no quiso dezir dónde estaua y acordaron de lo enbiar a buscar con Vlixes que era discreto y muy sabio. Y aun las más de las adeuinanças por él sabian los griegos. Y enbiaron con él a Diomedes fijo de Tideo de Calidón y de la infanta Argalia, fija del rey Adrasto d'Argos. Y estos fueron a Portugal y allí supieron por sus esperimentos quién era. [...] Y así fueron al rey Licomedes con cartas, las quales trayan para todos los reyes especialmente, que eran griegos los que estonces en toda España reynauan, que por eso avía traydo allí Tetis a su fijo (fol. 44r y v).

De pocos años después de la *Destrucción* es el manuscrito inédito (ms. 9847 de la BNE) que contiene una curiosa obra de Ginés Pérez de Hita: *Los diez y siete libros de Daris del Belo troyano, agora nuevamente sacado de las antiguas y verdaderas ystorias, en verso, por Ginés Pérez de Hita, vecino de la ciudad de Murcia. Año 1596*. Rey y Solalinde indican como fuentes suyas la *Crónica Impresa*, Virgilio, Ovidio y Dante. Del texto dicen estos críticos: «Obra en extremo soporífera y pesada»⁶. Pueden cegarme las

5. «Diligenció [Tetis] librarle de sus rigurosas amenazas; para cuyo efecto le truxo a España, y volviéndole en traje de dama, cautela que sin dificultad pudo lograrse, por ser Aquiles de poca edad y muy hermoso [...] llevóle a Licomedes, rey, según algunos autores, de Cyros [...] y lo más cierto y más recebido, que era rey de una provincia de España en los confines de Europa, en los términos que dividen los dos reinos de Portugal y Castilla, en el sitio que hoy vemos la insigne ciudad de Mérida. Y hay tradición que unas ruinas que yacen en sus territorios, no lejos de la ciudad, son del antiguo palacio de Aquiles», fol. 8v.

6. Agapito Rey & Antonio G. Solalinde, *Ensayo de una bibliografía de las leyendas troyanas en España*, Bloomington: Indiana University, 1942, pág. 35. De parecida opinión es José Luis Molina Martínez: «Pérez de Hita dedicó a esta materia [la guerra de Troya] una cantidad tal de versos tan pobres, numerosos y desaliñados, que incitan al aburrimiento», en «De la guerra de Troya del Libro de Alexandre a Los 17 libros de Daris del Bello Troyano de Ginés Pérez de Hita», *Espéculo*, 31, 2005, Revista Digital Cuatrimestral de Estudios Literarios de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, [en línea:] <http://www.ucm.es/info/especulo/numero31/gtroya.html> [página consultada en diciembre de 2006].

horas dedicadas al manuscrito, que pretendo editar, pero disiento del juicio estético de Rey y Solalinde. Según M^a. Soledad Carrasco Urgoiti, la composición de esta obra revelaría en Pérez de Hita un gusto arcaizante⁷.

Se trata de un voluminoso manuscrito (505 fols.) de dos manos. Parece preparado para la publicación, pero no lleva las aprobaciones, sólo la rúbrica al pie de cada página. El texto está compuesto en verso: la mayor parte (narración) en endecasílabos blancos; también utiliza (en los parlamentos, en estilo directo) octavas reales, silvas y liras.

Llama la atención el poco cuidado del autor en averiguar la forma más correcta de los nombres propios. Así, ofrece en repetidas ocasiones (no parece error de copia): «Tites» por Tetis; «Penolope» por Penélope, forma aquélla documentada en la poesía de Santillana; «Nemtumno», «Netuno», «Nemtuno» y «Netumno» por Neptuno.

Pérez de Hita mantiene sin alteración motivos que ha tomado de la *Crónica impresa*, como el de la monja en que Tetis esconde a Aquiles (fol. 209v). Pero resulta llamativo su afán por reivindicar a Dares como fuente. Es el propio Dares en primera persona quien nos anuncia que contará lo que él vio y vivió⁸. Un pasaje en el que es fácil comprobar la relación entre Pérez de Hita y la *Crónica impresa* es el episodio de la consulta al oráculo de Delfos por Apolo y Patroclo, del lado griego, y por Colcos, del lado troyano (fols. 233v-236v)⁹.

A mediados del siglo siguiente se edita una curiosa obra del dramaturgo barroco Cristóbal de Monroy y Silva, *Epítome de la historia de Troya, su fundación y ruina: con un discurso apologético en defensa de su verdad*,

7. «Es indudable que Pérez de Hita leía con fruición, pero sus predilecciones no reflejan el gusto que imperaba entre los hombres de letras de su tiempo. Ya indica un notable desfase que en fecha tan avanzada como 1596 dedicase sus ratos de ocio a versificar la *Crónica troyana*, según la versión medieval, atribuida a Dares y Dictis», en *Los moriscos y Ginés Pérez de Hita*, Barcelona: Bellaterra, 2006, pág. 33.

8. «Antes que más digamos de la historia | me puse aquí a escribirlo como hombre | que a todos los varones principales | los vide y contemplé muy muchas veces. | Aquesto era quando avía treguas | entre los fuertes griegos y troyanos. | Salía yo de Troya y me iba al campo | y andaba por las tiendas de los griegos | mirando a cada uno y contemplando | el ser y la figura y la persona | y así quiero nombrar primero a Elena» (fols. 222v-223r). «Porque podré decir como testigo | de vista todo el caso pues anduve | sirviendo con las armas mi bandera, | a oras escribiendo lo que vía, | a oras peleando en las batallas | y ansí primeramente me parece | contar todas las naves que trujeron | los príncipes de Grecia contra Troya» (fols. 228v-229r).

9. Cf. *Crónica impresa*, fols. 49v-50r.

Sevilla, Francisco de Lyra, 1641. Monroy tiene además tres comedias sobre el tema: *Héctor y Aquiles*, *El robo de Elena* y *La destrucción de Troya*¹⁰.

En la edición del *Epítome* el «Discurso apologético» aparece al final, a modo de apéndice, pero fue concebido como proemio. En él, comienza apelando a la autoridad de Dares y Dictis, verdaderos cronistas (fol. 34r). Dice citar en castellano a Dictis, comparando Troya con Babilonia y Nínive, pero en realidad está siguiendo el texto de la *Crónica troyana impresa*¹¹.

Da tres argumentos en favor de la historicidad de la guerra de Troya:

1º. La tradición universal (fol. 34v); y cita como autores que defienden el valor de las tradiciones universales a Tertuliano, los Santos Padres y los Padres de Trento (fol. 35r).

2º. La verosimilitud de los hechos bélicos y de la magnitud de Troya. Cita maravillas del mundo antiguo como las pirámides. Y a propósito de los portentosos muros de la antigua ciudad cita a Virgilio, Ovidio, Natale Conti y Lactancio (fol. 35r).

3º. Los *auctores*, no todos ellos veraces:

Y antes de hacer memoria dellos, reparo en que la causa principal de haber dudado algunos de la verdad de Troya ha sido la mezcla de fábulas con que Virgilio y Homero, a fuer de poetas, escribieron esta historia, escureciendo la luz de su verdad en sombra de mentiras, como se ve en lo que dice Virgilio de la lealtad de Eneas, y de los amores de Dido; siendo así que ni fue leal a su patria ni conoció a Dido (fol. 36v).

10. Según Manuel R. Bem Barroca, autor de una tesis inédita sobre Monroy que no he visto (Sevilla, 1967), son cinco las comedias mitológicas y del ciclo troyano. Además de las tres nombradas, conozco *Diana y Acteón*; me falta por localizar una. Cf. Paolo Pintacuda, pág. IX de la «Introducción» a su edición de *La batalla de Pavía y prisión del rey Francisco*, Pisa: ETS, 2002.

11. «Que en el reinado de Príamo, fue Troya la ciudad más aplaudida de la fama por su grandeza, la más poderosa por su riqueza, la más lisonjeada por su hermosura, la más ilustre por su sabiduría, la más temida por sus armas. Y que Babilonia y Nínive (que solas en aquella edad pudieran competirle) la confesaban rendimientos» fol. 34r. «En tal manera se sopo traer [Príamo], que en poco tiempo tornó en tal estado su cibdad que nunca antes ni en ningund tiempo tal fuera así en gentes como en fortaleza, como en riquezas, y tanto que en todo el mundo a la sazón no se hallaba su par sino Babilonia o Nimio [sic]», *Crónica troyana impresa*, título 35, fol. 21v y r.

Otros autores invocados son Higino, Boccaccio, Paléfato, San Agustín, Tzetzes, Alciato, el Volaterrano, Petrarca, etc. Al final del discurso enumera más de doscientos autores relacionados con la materia troyana. Pero los más importantes y veraces siguen siendo los que fueron testigos oculares de la contienda:

Estos y otros muchos autores califican la verdad de la historia de Troya; unos refiriéndola, otros tocándola en sus escritos, y otros mencionando muchos de los héroes que en ella se hallaron. Pero los que con más atención la escribieron y a quien más crédito se debe, como a testigos de vista, son a Dares y Dyctis, a quien en todo seguiré en este *Epítome* (fol. 39v)¹².

El *Epítome* consta de dieciséis discursos en prosa (fols. 1r-30v). Lo más peculiar de Monroy es que va intercalando juicios morales, reflexiones y enseñanzas en la materia narrativa antigua, como si la historia de Troya se tratase de un gran *exemplum*. Por ejemplo, a propósito de Midas: «Porque ése goza las riquezas, que lícitamente las gasta, no el avaro que las atesora, que ése por muchas que aquierra, siempre está pobre, pues las desea» (fol. 2r). O del origen de Aquiles: «Aquiles [...] fue hijo de Peleo y de Thetis, a quien veneró por diosa la ciega Gentilidad, que como la divinidad entonces valía tan barata, con facilidad hacían gracia della a quien querían» (fol. 8r).

Lo más llamativo es no obstante el evemerismo clásico desde el que se afronta todo lo relacionado con los dioses y los héroes antiguos. Los muros de Troya no tienen origen divino; Hércules Tebano, el de la tercera destrucción de Troya, es un personaje del todo histórico.

Finalmente, en 1770 Juan Muñoz García concluye una *Historia troyana y griega*¹³. Las *autoridades* que aduce el propio Muñoz son: Homero, Virgilio, la *Historia troyana* de Guido de la Columna (quizá sea la *Crónica Impresa*), Dares, Dictis e incluso una *Crónica troyana* perdida, de un tal Baltasar de Chaves, portugués, que la habría compuesto hacia 1690 con «tosco estilo e impuras voces» (fol. Iir) y que Muñoz sólo conoció en

12. «No convido a novedades, antigua es la historia, y de diversos autores repetida, si bien no con igualdad en la certeza de los sucesos. Solos Dares y Dyctis (a quien sigo) fueron los autores que con más particular atención lo escribieron, sin faltar a la integridad de la verdad, sin dejarse regir de la pasión de los héroes, precepto que no observó Virgilio; y sin torcer el camino del crédito a ruegos de la Patria, peligro donde flaqueó Homero», *Epítome*, «Del prólogo».

13. Conservada en un manuscrito autógrafo de más de 700 páginas en el ms. 327, sign. top. M/8, de la Biblioteca Menéndez Pelayo, fechado en 1770.

manuscrito, hoy en paradero desconocido. Pero el autor a quien concede más crédito es a Dictis Cretense (fol. Iv).

El procedimiento de composición y los presupuestos teóricos siguen siendo los de las obras anteriores, y su estilo todavía barroco. La datación del mundo y de la guerra de Troya continúa el procedimiento de Eusebio de Cesarea y sus *Chronici Canones*: el autor escribe en el año 6972 de la Creación del mundo (fol. IIIv) y Troya fue destruida en el año 3917, según el mismo cómputo (fol. IIIr). Según Monroy, la fundación de Troya por Dárdano tiene lugar en el año 1426 de la Creación (fol. 1r).

Pudiera parecer que Juan Muñoz está fuera de tiempo, que comparte con su texto el anacronismo. Sin embargo —el círculo se cierra— las polémicas no literarias sino filosóficas sobre el origen de las religiones antiguas ha vuelto a florecer en pleno siglo XVIII. No es imposible que Muñoz conociera los textos de Pasini (1742) y de Banier (1740), o más fácilmente, la *Disertación* de Huerta (1740)¹⁴, donde siguiendo a Banier vuelve a ofrecer una explicación evemerista de la mitología, y donde ofrece siete reglas para distinguir lo verídico de lo ficticio en los relatos mitológicos antiguos¹⁵.

A diferencia de los otros autores, Juan Muñoz García condesciende con la fabulación poética, y deja al lector la tarea de discernir qué es historia y qué es ficción:

14. Antonine Banier, *La Mythologie et les fables*, París, 1738-40; Giuseppe Pasini, *Dizionario delle favole in compendio che serve non solo alla intelligenza de' Poeti, ma de' Quadri ancora, e delle Statue*, Torino: Stamperia Reale, 1742; Francisco Manuel de la Huerta, «Disertación sobre si la Mythología es parte de la Historia, y cómo deba entrar en ella», en *Fastos de la Academia Real de la Historia. Año II*, Madrid: Antonio Sanz, 1740, págs. 63-195.

15. «Lo primero se debe notar, que los hechos que las fábulas refieren, regularmente son ciertos, y solo son falsos los adornos, y circunstancias, con que se halla vestido el successo: así como es cierto, que Achiles se vistió unas armas muy fuertes, y falso, que se las fabricase Vulcano, y sí otras semejantes: por lo qual, el historiador debe tener presente la juiciosa crítica de Estrabón, sobre los viajes de Ulyses, en que Homero mezcló varias fabulas [y cita del lib. I de Estrabón]», págs. 173-174. «Así Homero, de una mujer infiel hizo casta y virtuosa a Penélope [habla de ella como histórica], según lo que expresan varios autores; y Virgilio, de un traidor a su Patria un héroe lleno de piedad. Pero así como se observa en esta clase de autores un exceso increíble en elogio de sus héroes, se nota igualmente el exceso en los vicios de sus contrarios, como se ve en el mismo Virgilio, que en odio de Cartago, émula de Roma, trastornando la cronología, hace a Dido, que consta fue una princesa honestísima, ciega de una pasión amorosa, con que corrompió su castidad, y desesperada se entregó a las llamas, siendo así, que esta acción refieren las historias la ejecutó por conservar con pureza su viudedad, y no querer consentir en segundas nupcias», págs. 180-181.

Por tanto, no es mi ánimo que a todo lo que se contenga en esta historia se le dé verdadero asenso. Los inteligentes, luego conocen lo que es de suyo fabuloso, y no por eso dejan de divertirse en las mismas afectaciones de otros discursos. Los ignorantes lo mismo entienden de lo cierto como de lo incierto. Lo verdadero suelen decir: eso no puede ser que haya sucedido, como si ellos tuvieran la llave de los acontecimientos. Y lo que tal vez lleva en el rostro el carácter de lo que es mentira, se lo suelen tragar a dos carrillos (fol. IIIv).

